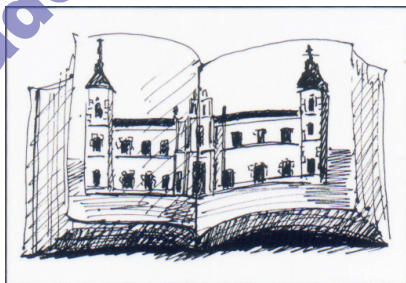


www.cuadernosdelaberinto.com



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

www.cuadernosdelaberinto.com

Juan Prat y Coll

DE CATALUÑA A CATALUNYA

Sorprendentes e inesperados destinos

(MEMORIAS DE UN EMBAJADOR DE ESPAÑA)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°55—
MADRID • MMXIX

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JUAN PRAT Y COLL

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO. ALICIA ARÉS

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, MARÍA VENEGAS GRAU Y JAVIER RUPÉREZ RUBIO

Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Primera edición: Mayo 2019

Segunda edición: Julio 2022

I.S.B.N: 978-84-120024-5-4

Depósito legal: M-16304-2019

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Í N D I C E

PREÁMBULO

HISTORIA, POLÍTICOS Y DIPLOMÁTICOS	11
---	----

CAPÍTULO 1

RECUERDOS	19
------------------------	----

CAPÍTULO 2

AÑOS UNIVERSITARIOS EN BARCELONA	25
---	----

<i>Reencuentro con la realidad española</i>	25
---	----

<i>Mis lecturas</i>	26
---------------------------	----

<i>La cuestión catalana y la vida en Barcelona</i>	27
--	----

CAPÍTULO 3

TRASLADO A MADRID Y PRIMEROS PASOS EN LA CARRERA	33
---	----

<i>Una difícil pero firme decisión</i>	33
--	----

<i>El «César Carlos»</i>	34
--------------------------------	----

<i>La Escuela Diplomática</i>	35
-------------------------------------	----

<i>Un verano de estudios en Túnez</i>	38
---	----

CAPÍTULO 4. ECUADOR

EL PAÍS DEL HUASIPUNGO	41
-------------------------------------	----

<i>Inesperado destino</i>	42
---------------------------------	----

<i>El espadín del embajador</i>	44
---------------------------------------	----

<i>Encargado de Negocios</i>	46
------------------------------------	----

<i>Cambio de tercio y nuevo embajador</i>	48
---	----

<i>El Ecuador de principios de los 70</i>	50
---	----

<i>Providencial visita de López Bravo</i>	52
---	----

<i>Cónsul de España</i>	54
-------------------------------	----

<i>Pedro Durán Farell</i>	56
---------------------------------	----

<i>Golpe de Estado militar</i>	58
--------------------------------------	----

<i>Espanoles en Quito</i>	62
---------------------------------	----

<i>Las Islas Galápagos</i>	65
----------------------------------	----

<i>El Sesquicentenario de la Independencia</i>	66
--	----

<i>Sorpresivo final</i>	70
-------------------------------	----

CAPÍTULO 5

MOSCÚ EN LA RUSIA DE BREZHNEV	73
<i>Los preparativos</i>	73
<i>Mi paso por París</i>	75
<i>Llegada y primeras experiencias</i>	77
<i>La instalación</i>	81
<i>Los componentes de la Delegación</i>	88
<i>Las relaciones económicas</i>	90
<i>Paradojas del sistema</i>	92
<i>Los artistas «clandestinos»</i>	94
<i>El Estado y el «Hombre Soviético»</i>	95
<i>La religión en la URSS</i>	97
<i>El tenis en Moscú y otras actividades</i>	98
<i>Una visita inesperada y otras visitas</i>	103
<i>Los «niños de la guerra»</i>	105
<i>Muerte de Franco</i>	107
<i>Reflexiones finales</i>	109

CAPÍTULO 6

COREA. EL PAÍS DE LAS MAÑANAS APACIBLES	113
<i>Un embajador atípico</i>	113
<i>La instalación en Seúl</i>	115
<i>Historia y cultura de Corea</i>	117
<i>Años de gran dinamismo económico</i>	121
<i>Características peculiares de la vida del Seúl de aquellos años</i>	122
<i>Impresionante capacidad de iniciativa empresarial</i>	123
<i>Actividad social y cultural</i>	125
<i>Inolvidable país</i>	127

CAPÍTULO 7

DESEMBARCO EN LA PESCA	129
<i>Mis primeros meses, de vuelta en el Ministerio</i>	129
<i>El desembarco en la pesca</i>	131
<i>Primeros escarceos con Canadá</i>	133
<i>Panorama general del sector</i>	134
<i>La «negociación» con los Estados Unidos</i>	141
<i>Las negociaciones en la NAFO</i>	143
<i>La Comisión Ballenera Internacional</i>	145
<i>Las durísimas relaciones pesqueras con la CEE</i>	148
<i>El factor pesca en nuestras relaciones con Marruecos</i>	150
<i>El 23-F de 1981 en Ruiz de Alarcón</i>	152
<i>Mis últimos meses en la pesca</i>	154

CAPÍTULO 8

MARRUECOS. CONDENADOS A ENTENDERNOS	157
<i>Llegada e instalación</i>	157
<i>La curiosa historia de la residencia del embajador de España</i>	159
<i>La actividad de la Oficina Comercial</i>	159
<i>El Marruecos profundo</i>	163
<i>Presencia española en Rabat</i>	164
<i>La cocina y las cenas marroquíes</i>	167
<i>Final prematuro y sorprendente</i>	168

CAPÍTULO 9

MIS AÑOS EN LA COMISIÓN EUROPEA	171
<i>Preparativos y traslado</i>	171
<i>Gestiones previas en Bruselas</i>	173
<i>Ingreso oficial de España en las Comunidades Europeas</i>	177
<i>Etapla inicial en la primera «Comisión Delors»</i>	180
<i>La creación de una nueva política para las pymes</i>	182
<i>Trabajar con un político</i>	185
<i>Encuentros en el Berlaymont</i>	187
<i>Los primeros viajes y encuentro con el rey</i>	191
<i>Una entrevista única con Bourguiba</i>	192
<i>La primera emisión en «euro-pesetas»</i>	194
<i>Paso estratégico hacia un segundo mandato</i>	194
<i>La segunda «Comisión Delors»</i>	197
<i>La cuestión turca y la caída del muro de Berlín</i>	201
<i>Mis años más intensos</i>	206
<i>La primera guerra del Golfo y sus consecuencias</i>	209
<i>El lanzamiento de una política mediterránea</i>	215
<i>La Conferencia Euro Mediterránea de Barcelona</i>	218
<i>Mis contactos mediterráneos</i>	221
<i>Mis encuentros con líderes israelíes</i>	224
<i>Las negociaciones con los países del CCG</i>	226
<i>El príncipe heredero de Marruecos en la Comisión</i>	226
<i>El «redescubrimiento» de América Latina</i>	228
<i>La cooperación con los países del Sudeste Asiático</i>	237
<i>Mis últimos tiempos en la Comisión</i>	244

CAPÍTULO 10

ITALIA (1996-2000)	247
<i>Prolegómenos</i>	247
<i>La Cumbre de Valencia</i>	248
<i>Una difícil presentación de credenciales</i>	250
<i>La residencia en el Gianicolo</i>	252

<i>La iglesia de San Pietro in Montorio y el «Tempietto» del Bramante</i>	254
<i>El ambiente político en la Italia de aquellos años</i>	261
<i>La actividad social y cultural en Roma</i>	265
<i>Artículos y conferencias</i>	276
<i>Italia y la familia real</i>	281
<i>El príncipe de Asturias en Nápoles y Roma</i>	283
<i>Los viajes privados del rey</i>	286
<i>La visita de Estado de los reyes a Italia</i>	290
<i>Las visitas del presidente Aznar</i>	294
<i>Algunas otras visitas destacadas</i>	297
<i>El primer Foro de Diálogo España-Italia</i>	302
<i>Naufragio en el estrecho de Mesina</i>	304
<i>El accidente de avión en Kosovo</i>	305
<i>La salida de Roma</i>	307

CAPÍTULO 11

ALBANIA	311
<i>Un país desorientado</i>	311
<i>La crisis de las pirámides financieras</i>	312
<i>La operación ALBA</i>	313
<i>Primer cónsul honorario</i>	315
<i>Ayuda a los desplazados de la guerra en Kosovo</i>	316

CAPÍTULO 12

SAN MARINO Y MALTA	319
<i>Dos micro estados</i>	319
<i>La Serenísima República</i>	320
<i>Los vaivenes de Malta</i>	321

CAPÍTULO 13

MIS AÑOS EN LA OTAN (2000-2004)	325
<i>El retorno a «otra» Bruselas</i>	325
<i>Mi encuentro con la OTAN</i>	326
<i>La OTAN en la que participé</i>	329
<i>Un simposio sobre seguridad y defensa en Barcelona</i>	335
<i>El 11-S y la aplicación del artículo 5</i>	340
<i>La «Guerra contra el Terror»</i>	344
<i>¿El terrorismo como nueva amenaza?</i>	347
<i>La lucha contra el terrorismo</i>	349
<i>El incidente de Perejil</i>	351
<i>La visita a la OTAN del príncipe de Asturias</i>	354
<i>La crisis iraquí</i>	356
<i>El accidente del YAK-42</i>	359

<i>Los viajes a Los Balcanes con el Consejo Atlántico</i>	361
<i>Otros viajes</i>	364
<i>¿El Mediterráneo o el «Greater Middle East»?</i>	370
<i>Mi encuentro con Lady Thatcher</i>	375
<i>Mi singladura en el Juan Sebastián de Elcano</i>	376
<i>El nuevo secretario general</i>	377
<i>El atentado del 11 de marzo</i>	383
<i>La Cumbre de Estambul</i>	384
<i>Mi despedida del Consejo Atlántico</i>	389

CAPÍTULO 14

ÚLTIMO PASO POR MADRID. DE NUEVO, EL MEDITERRÁNEO

<i>Segundo y último regreso a Madrid</i>	393
<i>Objetivo Barcelona 2005</i>	394
<i>Los preparativos de la Cumbre Euromed</i>	398
<i>La celebración de la Cumbre</i>	400
<i>Los contenidos de la Cumbre</i>	405
<i>El Código de Conducta contra el terrorismo</i>	406
<i>La publicación del libro «2005: Año del Mediterráneo»</i>	407
<i>Un año después: Tampere</i>	408
<i>La Fundación Anna Lindh</i>	410
<i>La seguridad y el Mediterráneo</i>	414
<i>La iniciativa del presidente Sarkozy</i>	416

CAPÍTULO 15

LOS PAÍSES BAJOS: MITOS E HISTORIA

<i>Cómo se fraguó mi último destino</i>	421
<i>Aterrizaje y primeras experiencias</i>	424
<i>La residencia del embajador de España en La Haya</i>	425
<i>Un paseo en carroza y palafreneros</i>	425
<i>Algunas características de los holandeses</i>	428
<i>La vida diplomática en La Haya</i>	434
<i>Contactos y actividades oficiales</i>	437
<i>Actitud holandesa ante la Unión Europea</i>	440
<i>La llamada «Guerra de los 80 años»: el triunfo de la propaganda</i>	443
<i>Viaje a Zaragoza con el príncipe heredero</i>	446
<i>Viaje a Madrid y Andalucía con Balkenende y Timmermans</i>	447
<i>Mis encuentros con la reina</i>	449
<i>Dos excepcionales artistas españoles en Holanda</i>	452
<i>Las conferencias literarias «Spinoza»</i>	456
<i>El adiós a mi último puesto en la carrera</i>	459

VARIOS TEMAS AL MARGEN DE LA ACTIVIDAD BILATERAL	464
<i>El problema del Kosovo en la Corte Internacional de Justicia</i>	<i>464</i>
<i>La Corte Penal Internacional</i>	<i>468</i>
<i>La Organización para la prohibición de las Armas Químicas</i>	<i>470</i>
<i>40 propuestas para el futuro de la Unión Europea</i>	<i>473</i>

CAPÍTULO 16

LA DELEGACIÓN DE LA GENERALITAT ANTE LA UE	477
<i>Consecuencias de un cambio de ministro</i>	<i>477</i>
<i>¿Una pregunta obligada?</i>	<i>482</i>
<i>El inesperado inicio de una nueva etapa</i>	<i>483</i>
<i>Nuevas funciones y actuaciones</i>	<i>490</i>
<i>Desencadenante de las dificultades</i>	<i>497</i>
<i>Inicio de la crisis política</i>	<i>505</i>
<i>Inevitable cese</i>	<i>509</i>
<i>Consideraciones finales</i>	<i>514</i>

CAPÍTULO 17

BRUSELAS. CAPITAL EUROPEA	521
REFLEXIONES DE CARA AL FUTURO	531
EPÍLOGO Y NOSTÁLGICOS RECUERDOS PERSONALES	537
ÍNDICE ONOMÁSTICO	539

Hoy es siempre, todavía.

PREÁMBULO

HISTORIA, POLÍTICOS Y DIPLOMÁTICOS

Un día de otoño de 1965 salí de mi Barcelona natal para irme a Madrid a preparar mis oposiciones de ingreso a la carrera diplomática y desde aquel momento inicié una larga andadura que me llevaría a recorrer en casi medio siglo mucho mundo, en muy diversos puestos y funciones, representando a España directamente la mayor parte del tiempo, pero también indirectamente desde las instituciones europeas durante más de diez años y, finalmente, por un corto periodo, desde la Delegación de la Generalitat de Catalunya ante la Unión Europea en Bruselas, donde acabaría mi periplo.

Ha sido un apasionante recorrido de ida y vuelta por inesperados y a veces sorprendentes destinos, desde aquella Cataluña de la que salí en los años sesenta del siglo pasado a la Catalunya que me he encontrado en los albores de este siglo.

Los que, como yo, hemos dedicado nuestras vidas al servicio exterior y a las relaciones internacionales, hemos estado tan inmersos en la evolución de los acontecimientos que, a veces se nos hace difícil recordar las fechas exactas de los hechos, pero retenemos, sin duda, de ellos y de su contexto una nítida imagen retrospectiva.

A mí, como a tantos colegas de mi profesión, me ha interesado siempre intentar comprender y explicar con la mayor

objetividad posible cómo ha influido el pasado, no solo el lejano sino también el más reciente, en el orden actual de las cosas, en esa relación de causa-efecto que puede llevar a diversas valoraciones o interpretaciones de tipo cultural, ideológico o filosófico, pero que no debieran estar, como demasiado a menudo sucede, al servicio de posiciones o intereses personales o políticos determinados.

Hace unos años, yo solía decir, al comprobar los grandes cambios que se estaban produciendo, que nada era ya lo que era, ni siquiera el futuro. Hoy me atrevería a decir que ya —para muchos— ni el pasado parece que es lo que era.

Mi paso por las Facultades de Derecho y de Ciencias Económicas me descubrió desde el primer momento que ciertas asignaturas como la Historia, ya fuera la del Derecho y su evolución, o la Económica, iban a ser fundamentales para mí, como lo es la Historia política, en general, que relata los hechos en su más amplio sentido y nos sirve como un recordatorio perenne de ejemplos y experiencias pasadas que, si son positivos conviene emular y si son negativos, no repetir.

De todos modos, hay que tener en cuenta que las circunstancias y los momentos históricos son siempre distintos («la historia no se repite») y no se puede empecinar uno en intentar reproducir modelos y experiencias pretéritos, sino a lo sumo tomarlos, con mucha precaución, como referencia. Mucho menos debe juzgarse o intentar comprender el pasado con la mentalidad y los valores del presente. Como decía Zubiri: «El pasado, precisamente por serlo, no tiene más realidad que la de su actuación sobre el presente».

En estos últimos años en España, parece que muchos políticos, sobre todo de izquierdas, se han empeñado en querer reescribir el pasado, sin darse cuenta de que ese imaginario viaje hacia atrás es imposible, pues ese lugar ya no existe. Hoy,

desde ciertos sectores «progresistas», se intenta inculcar a nuestros jóvenes que todos los males que padecemos (y que es necesario erradicar) provienen del franquismo, cuando habría que recordar, como hacía muy acertadamente alguien tan poco sospechoso como es el académico Gregorio Marañón (*El País*, 28/12/2017) que:

La república democrática de 1931 se quebró ya en 1934, cuando una parte de la izquierda española no aceptó el resultado de las elecciones generales y propició un golpe de Estado revolucionario; y que fue solo en 1936, tras el asesinato de Calvo Sotelo, cuando estalló la rebelión militar y cuando el Gobierno renunció al monopolio de la fuerza, armando a los sindicatos y partidos políticos de izquierda. Esta decisión, que atentó contra la esencia de un Estado de Derecho, tuvo trágicas consecuencias, ya que, a partir de ese momento, tanto fascistas y sus compañeros de filas, como socialistas, comunistas y anarquistas cometieron miles de asesinatos, siendo los anarquistas no solo asesinados por los fascistas, sino también por los comunistas.

Yo diría, incluso, que si bien todos padecemos, con mayor o menor intensidad, la dictadura franquista, nuestros males en el ámbito político se remontan no solo al período franquista y a lo que ocurrió durante los últimos años de nuestra Segunda República, sino a mucho más allá, durante el siglo XIX.

Es verdad que «la historia es un ámbito de controversia perpetua», como escribía recientemente Stanley G. Payne, añadiendo que «en ningún caso lo es tanto como en España, ya que está llena de altibajos, de situaciones extremas y de confrontaciones entre actores y fuerzas que han representado muchas de las tendencias más decisivas de la historia humana»¹.

1. Stanley G. Payne, *En defensa de España*, Madrid, Espasa Libros, 2017.

También es verdad que nos encontramos hoy no solo ya con esos problemas derivados de nuestro convulso pasado, entre los que sobresale en España la irresuelta «cuestión territorial», sino que debemos hacer frente a otros, provenientes de una nueva situación internacional muy distinta a la de hace tan solo unos años y ciertamente peligrosa. En efecto, en el nuevo orden global (no sé si llamarlo «desorden»), la enorme complejidad de las relaciones políticas a través del mundo, con nuevos e inesperados actores, se ve acentuada por la aparición masiva de las actuales tecnologías de la comunicación. Estas facilitan una convivencia en tiempo real y con posibilidades de interacción instantánea a sociedades y grupos humanos que viven, de hecho, en momentos históricos distintos de su evolución, en condiciones de vida —tanto económica como cultural, ideológica y religiosa— muy alejadas unas de las otras, pero con más facilidad que nunca de mantener una muy arriesgada relación directa e inmediata.

Esa inmediatez del contacto entre sociedades e individuos con un bagaje histórico y cultural tan distinto solo podía fatalmente producir desencuentros y enfrentamientos físicos y mentales: unas sociedades están ya a la cabeza de la evolución tecnológica y cultural del siglo XXI, aunque no compartan los mismos valores y procedan de culturas muy diversas; otras no han llegado aún a lo que sería nuestro Siglo de la Ilustración o a épocas aún más pretéritas. Por otro lado, en ciertas regiones del mundo, grandes masas empobrecidas permanecen todavía en unos niveles de vida totalmente inaceptables, sometidas, incluso, a un proceso creciente de involución cultural y social peligrosísimo.

Escribía Hubert Védrine, el exministro de Relaciones Exteriores francés, en una reciente publicación: «Las memorias de los pueblos no coinciden siempre entre ellas... La historia

es aún hoy en muchos lugares como un depósito en el que se buscan municiones para las controversias del momento y las batallas de mañana»².

En España, precisamente, se ha puesto muy en boga desde hace unos años hablar, con fines que a mí me parecen a menudo sospechosamente partidistas, de recuperar la llamada «memoria histórica» con un discurso a menudo «más cargado de emociones que de razones, en un ejercicio de intensa melancolía histórica», tal como reconocía recientemente el catedrático de Filosofía Contemporánea de la Universidad de Barcelona y miembro del PSOE, Manuel Cruz (*El País*, 1/9/2017).

A mi modo de ver, si esa memoria histórica debiera servir para algo, sería para interpretar con objetividad y perspectiva el pasado, reconociendo sin revanchismo los aciertos de los demás y no, como se suele hacer, intentando justificar los errores propios, transformando derrotas en victorias. En lo que no hay que caer, sobretodo en una democracia moderna y consolidada, es en la «damnatio memoriae», aquella práctica de la antigua Roma que consistía en condenar el recuerdo del nombre y de la historia de todo enemigo, para eliminarlo de la memoria colectiva; una práctica que también se vivió en la Unión Soviética, en la China maoísta y en los peores años de las dictaduras militares argentinas, y que hoy es de todos modos imposible aplicar.

Un pequeño ejemplo anecdótico, pero positivo y poco conocido de lo que debiera ser un ejercicio de memoria histórica bien entendido, fue la iniciativa de Pedro Solbes que, bajo un Gobierno socialista, tomó la decisión de inaugurar en la entonces relativamente nueva sede de la Representación Permanente de España ante la UE en Bruselas, una sala de reuniones y

2. Hubert Védrine, *Le monde au défi*, Paris, Fayard, 2016.

recepciones llamada «sala Alberto Ullastres», en memoria de un hombre de derechas y del Opus Dei que había hecho tanto para lograr nuestra integración en la Comunidad Europea y que ni siquiera había sido invitado en su día al acto solemne de la firma de nuestra adhesión, en el Palacio de Oriente. Entiendo que aquello no fue solo un acto de desagravio sino también, y sobre todo, un legítimo ejercicio de memoria histórica, bien entendida, que honra a quien decidió llevarlo a cabo.

Como servidor de la *res publica*, observo que otros, los políticos, suelen mostrarse en ocasiones voluntaria o tácticamente desmemoriados. Aunque muchas veces no necesitan ni siquiera «no acordarse» de lo dicho con anterioridad, sino solo tener la impudicia de cambiar de opinión mediante una simple explicación que ni ellos se creen. Como decía el propio Winston Churchill con gran cinismo: «Un buen político es el que es capaz de predecir con seguridad lo que va a pasar el próximo mes y luego explicar por qué no ha pasado».

Creo que los diplomáticos pertenecemos a una especie algo distinta, aunque llegados a ciertos niveles de nuestra carrera nos veamos obligados por las circunstancias a cruzarnos y a veces confundirnos con ellos, cosa que el común de la gente, de todos modos, viene haciendo desde tiempo inmemorial.

Mis vivencias y reflexiones son simplemente las de quien decidió un día, por vocación, ser un servidor del Estado, considerando que en la diplomacia, la milicia y la judicatura es mejor no estar adscrito formalmente a ningún partido político, para poder ejercer así esa alta función con mayor independencia y libertad.

De todos modos, creo que vale la pena insistir una vez más en la importancia que tiene tanto para un diplomático como para un político no solo seguir —como es obvio— la información del día a día sino también y sobre todo prestar la debida

atención a las grandes corrientes de la historia, a los movimientos profundos que descienden a las raíces o a los cauces ocultos de aquellos sucesos que transcurren por encima como meras «agitaciones de superficie», en expresión de Fernand Braudel. Todo ello sin tener que elegir *a priori* entre esas grandes corrientes de las que nos hablaba Henri Pirenne o adscribirse exclusivamente a una de ellas³.

Estamos hablando, para entendernos, de esa Historia descrita y estudiada por historiadores profesionales, que no la tergiversan, aunque a veces diverjan en sus interpretaciones de los hechos; no de esa historia que muchas veces se nos suele presentar manipulada con descaro por algunos para hacer valer o justificar posiciones e intereses partidistas.

A este respecto, al descender del ámbito internacional al nacional, debo decir que mis orígenes mediterráneos me han llevado a tener que confrontar regularmente una visión de España relatada por los que podríamos llamar de algún modo, para simplificar, políticos «centralistas», frente a los «periféricos».

Mi origen es catalano-balear y por tanto periférico, pero he afirmado siempre con mucho orgullo que, como decía Cambó, «soy catalán y precisamente por serlo, soy doblemente español», y le digo a mi querida España, a la que he defendido y representado siempre lo mejor que he podido, aquello que también le decía Joan Maragall en su famosa *Oda*: «Escolta Espanya la veu del teu fill que et parla en llengua no castellana», aunque no llego a la misma conclusión a la que llegaba él.

Da la casualidad de que uno de los primeros libros que cayeron entre mis manos durante mis años de adolescencia en Barcelona fueron las obras, en catalán, de aquel gran periodista que

3. Reflexiones inspiradas en la incomparable obra de mi admirado compañero el embajador Miguel Ángel Ochoa Brun, *Historia de la diplomacia española*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

fue Agustí Calvet «Gaziel», alguna de cuyas reflexiones calaron muy hondo en mí; especialmente aquellas en que decía que su españolidad solo se explicaba para él desde su catalanidad y viceversa. En efecto, yo he coincidido siempre desde entonces en que mi manera de ser español es ser catalán y en que se equivocan tanto quienes intentan reducir la españolidad a la castellanidad (véase la «Generación del 98», por ejemplo), como quienes pretenden separar la catalanidad de la españolidad, como ha estado sucediendo de forma tan radical e intemperante en estos últimos tiempos.

Conviene también citar a aquel gran político y pensador gallego que fue Salvador de Madariaga, quien en sus propias *Memorias de un Federalista*, en las que aparece constantemente el problema catalán y vasco, decía: «Al acercarme con la vida, y no meramente con la lógica y la polémica al problema para mí más grave de cuantos asedian a España: el de su pluralidad frente a su unidad... no deja de maravillarme cómo pasan todos por alto esta cuestión que para mí ha de ser la más angustiosa que se les plantee a quienes hereden el problema de España»⁴.

Así está sucediendo y a la hora de escribir estas líneas, las cosas se han complicado mucho, demasiado; precisamente, y entre otros motivos, por la distinta percepción de la historia que persiste en las dos Españas, que no son en este caso las que al españolito de Machado «le helarían el corazón» (que siguen aún demasiado presentes), sino las muy diversas, representadas todas de igual manera y relieve en nuestro escudo nacional, esté presidido por el castillo o por la corona. Por ello, creo muy conveniente recordar siempre aquella expresión tan acertada que dice que «la heráldica es la taquigrafía de la historia». Si es así: «Luz y taquígrafos».

4. Buenos Aires, Sudamericana, 1967.

CAPÍTULO 1

RECUERDOS

La vida es lo que pasa mientras hacemos otras cosas.

(John Lennon)

Cuando vuelvo la vista atrás, pienso muchas veces que nuestras vidas se fraguan a base de casualidades, de circunstancias, de hechos que advienen en nuestro entorno sobre los cuales no tenemos ningún control y que a la postre acaban por influir, incluso determinar, nuestro destino.

Si repaso lo que ha sido mi vida hasta ahora, tengo la tentación de creer en la providencia, pues si bien mucho de lo que me ha sucedido ha sido fruto de decisiones personales, incluso estas han sido tomadas en la mayoría de los casos en circunstancias muchas veces independientes de mi voluntad, a menudo sorprendentes, que me han llevado, sin haberlo planeado, a situaciones, países y lugares tan diversos como inesperados.

Mis primeros recuerdos de infancia se remontan a cuando me asomaba por la ventana del salón del primer piso en el que vivíamos, en la calle Balmes de Barcelona, a contar los escasos coches que pasaban en ambas direcciones, que eran tan pocos que permitían a un niño de mi corta edad dedicarse al más simple ejercicio matemático que consiste en sumar con los dedos; era

por allá en los años 48 o 49 del siglo pasado, en aquella extraña «paz» que se respiraba por las calles semivacías de la posguerra.

La vida en Barcelona transcurría para mí de forma tranquila y placentera sin la menor conciencia de estar viviendo una época de dificultades y penurias, con el racionamiento de los productos básicos y con meriendas de pan con vino y azúcar. Todo ello después de aquella guerra fratricida que acababa de padecerse, y que a mí se me ocultaba.

En mi familia, como en tantas otras, se hablaba en catalán con toda normalidad, excepto con el servicio que eran personas provenientes de otras partes de España, con las que se hablaba en castellano. Yo no distinguía entonces, ni siquiera durante mi adolescencia, la importancia que tenían esos matices lingüísticos, que vivía con toda normalidad, sin imaginar la enorme carga emocional e identitaria que conllevaban; pero no para mí, porque en casa nunca se habló de política, ni de nuestro pasado reciente.

Mi padre nunca me contó nada y se fue a la tumba, después de sufrir durante largos años la enfermedad de Alzheimer, sin hacerlo. Pero he sabido mucho más tarde de sus experiencias tanto durante el período previo a la guerra como durante la contienda, por unas cartas y documentos que encontré en un pequeño maletín de cuero (un «necesar», como se les llamaba entonces) en un desván. Había muchas cartas a su madre, una de ellas fechada en Cádiz pocas semanas antes de que estallara la guerra, en la que le describía las quemas de iglesias que se producían todas las noches. También había cartas desde el frente y diversos documentos que acreditaban su participación forzosa en un destacamento de la FAI, en aquella guerra que no iba con él y que no entendía.

Aquellos mis primeros años transcurrieron pronto, por fortuna para mí, en un ambiente relativamente «europeo» y totalmente ajeno a un periodo reciente de nuestra historia, voluntariamente olvidado. Mis estudios en el Lycée Français de la calle Tuset, que era el edificio del antiguo Colegio Alemán (consecuencias de otra guerra), me mantuvieron completamente alejado de la problemática española.

Dados los orígenes familiares mallorquines de mi madre, los veranos y otras épocas de vacaciones los pasaba en Mallorca, en nuestra casa al borde del mar cerca de Palma, en la calita de Portals Nous. Así pues, ya en esa primera época de mi vida tuve ocasión de conocer ambientes muy distintos. Si en Barcelona vivía en un entorno internacional y muy «avanzado» para la época, en cambio en Mallorca («la isla de la calma») me movía en un ambiente mucho más tradicional, incluso arcaico, en el que la vida se desarrollaba a un ritmo y de una forma muy diferente.

A los 13 años, mis padres decidieron mandarme, desde aquella Barcelona en blanco y negro de la posguerra donde había transcurrido mi infancia, a pasar un mes de junio en casa de un tío que vivía en Tánger. Descubrir aquel Tánger exótico pero también internacional y cosmopolita, donde los policías eran indios con turbantes y donde se podían comprar todo tipo de productos americanos, desconocidos en España, en un ambiente mucho más atractivo y colorista que el de la Barcelona de entonces, fue para mí una experiencia inolvidable. Me abrió los ojos a otro mundo cuyas imágenes me fascinaron y han quedado siempre fuertemente grabadas en mi memoria y quizás inconscientemente hayan influido, posteriormente, en mi decisión de optar por una vida de viajes y aventura como la que he escogido, en contacto con gentes y culturas tan diversas.

Pero no fue hasta mi periodo universitario, en las Facultades de Derecho y de Económicas, a mi vuelta de Estados Unidos (donde había pasado un año con una beca del «American Field Service»), que se produjo mi primer verdadero contacto e inquietudes con la realidad socio política española en general y catalana en particular, con gran curiosidad intelectual por mi parte, debo decir, pero siempre al margen de mi familia, que siempre se había mantenido voluntariamente aislada de todo lo que oliera a política.

Como mi vida ha estado, como he dicho, muy influida por casualidades, la segunda ocurrió cuando a mis 17 años tuve la suerte inesperada de poder pasar un año de estudios en Estados Unidos, un reto que, después de mi breve pero intensamente vivida experiencia tangerina, me atrajo enormemente, porque me abría además interesantes posibilidades de futuro. Durante mis estancias veraniegas en Mallorca, en la calita de Portals Nous había desarrollado una cierta fascinación por ese país gracias a mis contactos frecuentes con una vecina, a la que llamábamos «la inglesa» aunque era norteamericana y que estaba afincada desde 1932 en Portals.

Se trataba de Dina Moore Bowden, una escritora que dedicó toda su vida a estudiar y dar a conocer en Estados Unidos (¡y también en España!) la hasta entonces prácticamente desconocida figura histórica de fray Junípero Serra, nacido en Petra (Mallorca) en 1713 y canonizado (hace muy poco) por el papa Francisco en 2015 por su labor evangelizadora en California, a donde llegó desde Méjico en 1769. Allí fundó numerosas misiones y hoy tiene, gracias a la señora Bowden, su estatua entre los grandes personajes de la historia americana en la rotonda del Capitolio en Washington, como pude comprobar con orgullo y admiración en una visita que realicé al Senado norteamericano durante un reciente viaje a



Frente a la estatua de Fray Junípero Serra en el Capitolio.

esas tierras. Al momento de redactar estas líneas (septiembre de 2017) aparece sin embargo en la prensa la noticia de que una de sus estatuas en la tierra que evangelizó ha aparecido decapitada, como les está ocurriendo estos días a muchas de Cristóbal Colón a lo largo y ancho de los Estados Unidos, acusados ambos de genocidio, en uno de esos ejercicios torticeros e interesados de falsa «memoria histórica» que de tarde en tarde aparecen por el mundo y no solo en nuestro país.

Aquella casualidad de la vida fue decisiva para mi futuro, ya que desvanecería todas las esperanzas de mi padre de verme un día al frente de una empresa química, como él hubiera deseado, y despertaría mi vocación diplomática.

Fue precisamente en la lejana Arizona, en pleno «Far West», donde cursé mi último curso de bachillerato, cuando decidí —al comprobar lo poco que se sabía sobre España— que lo que yo quería ser de mayor era diplomático, para poder dedicarme a dar a conocer y promocionar la imagen de mi país por el mundo y no volver a oír preguntas como la de si en España se hablaba también mejicano.

CAPÍTULO 2

AÑOS UNIVERSITARIOS EN BARCELONA

Reencuentro con la realidad española

A mi vuelta a la vieja Europa después de la experiencia americana iba a iniciarse una nueva etapa de formación y preparación para el futuro, esta vez en España. Esta fue para mí una gran novedad, ya que entré en contacto, por fin y de lleno, con la realidad española, en la Barcelona de finales de los años 50 e inicio de los 60.

Estábamos en pleno apogeo franquista, la vieja guardia falangista empezaba a dar paso a los tecnócratas del Opus Dei y el país progresaba aceptablemente y empezaba a tener algo más de protagonismo internacional. Entre los catedráticos de la Facultad de Derecho, los había ya veteranos como Josep María Font i Rius, su decano, que a través de la Historia del Derecho me descubrió los arcanos de la compleja y mal conocida historia de la España medieval, tan importante para comprender el origen de muchas de nuestras actuales instituciones jurídicas y políticas tan diversas a través de nuestra geografía y que tanto han contribuido, por su mal uso por parte de políticos de todos los bandos, a la nunca del todo resuelta «cuestión territorial española». Había un ramillete de otros catedráticos más jóvenes y prometedores como Manuel Díez

de Velasco o Manuel Jiménez de Parga, que me iniciaron en el Derecho Internacional y en el Derecho Político, este último una asignatura nada fácil de dictar en aquella época.

Por las mañanas acudía a los cursos de Derecho en la nueva facultad en la parte alta de la Diagonal, donde acabé la carrera, y por las tardes iba a las clases de Económicas, que en esa época se daban aún en la vieja Universidad Central, donde el ambiente era más efervescente por la ubicación misma del edificio, en pleno centro de la ciudad.

Ávido como estaba de conocimientos, decidí no hacer las milicias universitarias en verano (algo que no me atraía en absoluto) y en su lugar viajar por Europa para seguir estudios sobre las recién creadas instituciones europeas, y de Derecho Comparado, unas veces en Estrasburgo y otras en ciudades como Lieja, Coímbra o Lisboa. El servicio militar lo hice como voluntario, en Barcelona, lo cual fue una experiencia inesperada ya que estuve viviendo durante varios meses prácticamente encerrado en el cuartel de Pedralbes, donde recibí la instrucción junto a jóvenes de procedencia humilde, con poca o ninguna cultura, que me hicieron descubrir una imagen de España muy distinta de la que yo hasta entonces había conocido.

Mis lecturas

Durante esos años empecé a interesarme por la historia de España y singularmente por la Guerra Civil, sus antecedentes y sus posibles causas. Libros fundamentales para mí fueron en esos años el ineludible de Hugh Thomas, el de Gerald Brenan sobre el «laberinto español», uno de Stanley Payne sobre el papel de los militares en la política española, el de Mijail Koltsov con su interesante diario de la guerra, y un largo etcétera. Dos

novelas me marcaron especialmente porque con ellas reviví aquellos años dramáticos, a través de unos personajes cuyas vidas respectivas transcurrían en el día a día sin una plena conciencia de la importancia de los momentos históricos que presenciaban. Esas novelas no fueron otras que la trilogía de José María Gironella (*Los cipreses creen en Dios*, *Un millón de muertos* y *Ha estallado la paz*) y la genial novela de Camilo José Cela *San Camilo*, 1936, que describe de un tirón —sin puntos y aparte ni párrafos ni capítulos— lo que estaba pasando en aquel Madrid despreocupado y castizo el 18 de julio de 1936.

Creo que nuestros jóvenes «progresistas» de hoy deberían procurar estar mejor informados sobre nuestro pasado reciente antes de meterse en un ejercicio muy arriesgado de intentar reabrir nuestra «memoria histórica», dedicándose más bien a leer, como hice yo a su edad, algunos de los libros mencionados, así como también otros muchos... Por ejemplo, el de Luis Bolín, *España: Los años vitales* o el de José María Gil Robles: *No fue posible la paz*, que les harían quizás reflexionar sobre la complejidad del acontecer español durante los años anteriores a nuestros absurdos enfrentamientos fratricidas, dentro de la propia Segunda República e incluso antes del alzamiento militar, que —por más que digan— vino a ser una fatal consecuencia del estrepitoso fracaso de nuestros políticos de aquel trágico periodo de nuestra historia contemporánea que fue prácticamente todo nuestro siglo XIX.

La cuestión catalana y la vida en Barcelona

Evidentemente, durante esos años universitarios entré irremediabilmente en contacto con la cuestión catalana, que hasta entonces no me había planteado ya que, en mi casa, si bien hablá-